

CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. Y RMO.

SEÑOR OBISPO DE CHILAPA

DIRIGE AL CLERÓ Y FIELES DE SU DIOCESIS

SOBRE LA

VENERACION Y AMOR AL SUMO PONTIFICE,

CON MOTIVO DE LA

SEGUNDA PEREGRINACION A ROMA

QUE HA PROMOVIDO

EL APOSTOLADO DE LA CRUZ.



BX874
I2
C3
897
c.1

MEXICO.

EL TIEMPO. Calle de la Cerca de Santo Domingo N. 4.

1897.

093

BX874

.I2

C3

1897

c.1

005093



1080027607

Juan y Gonzalo Pantoja

CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. Y RMO.

SEÑOR OBISPO DE CHILAPA

DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE SU DIOCESIS

SOBRE LA

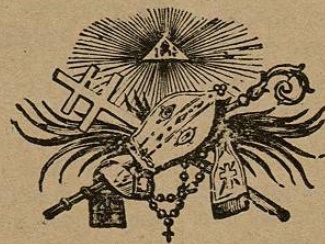
VENERACION Y AMOR AL SUMO PONTIFICE,

CON MOTIVO DE LA

SECUNDA PEREGRINACION A ROMA

QUE HA PROMOVIDO

EL APOSTOLADO DE LA CRUZ.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Teller

MEXICO.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLER

Imprenta de EL TIEMPO. Calle de la Cerca de Santo Domingo N. 4.

1897.

42241

Bx874
-12
c3
1897



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



NOS el Dr. D. Ramon Ibarra y González por
la gracia de Dios y de la Santa Sede Obis-
po de Chilapa.

A NUESTRO MUY ILUSTRE PROVISOR Y VICARIO GENERAL, A LOS VV. PA-
RROCOS Y ECLESIASTICOS Y A TODOS LOS FIELES DE NUESTRA DIOCESIS, SALUD, PAZ
Y BENDICION EN EL SEÑOR.

Venerables hermanos e hijos muy amados en Jesucristo:

LA Providencia Divina, que con singular solicitud vela por el porvenir de los pueblos, ha hecho nacer en nuestra Patria una institucion verdaderamente grandiosa, que inspirándose en el corazon de Jesucristo, para consolarlo, tiene por objeto hacer revivir en el mundo el espíritu de cruz, amortiguado por el sensualismo, y hacer correr por sus venas su savia celestial, para regenerarlo y embellecerlo con las flores purísimas del Calvario. Esta institucion admirable, es el "Apostolado de la Cruz." Acogido por primera vez en nuestra Diócesis, hace ménos de dos años, se va desarrollando en la República con tal rapidez, que sin temor de equivocarnos bien podemos exclamar con el real

Profeta: "A Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris," por el Señor se ha hecho esto y es admirable á nuestros ojos.

Y en verdad; en este corto espacio de tiempo, á pesar de las dificultades propias de las obras de Dios, no solamente ha cubierto con su sombra las Parroquias de nuestra Diócesis, sino que ha extendido sus frondosas ramas en el arzobispado de México; en las Diócesis de Cuernavaca, Tulancingo, Veracruz, Colima, Zamora y dentro de muy poco, traspasando el mar, las dilatará por Campeche y Yucatan. En todos estos puntos de la viña del Señor, esparce con tal delicadeza la fragancia de la Cruz, que apenas la perciben los fieles, cuando en numerosa muchedumbre van en pos de

005093

ella, exclamando con la Esposa del Cantar de los Cantares: "post te eurremus in odorem unguentorum tuorum," corremos en pos de tí atraídos por el aroma de tus unguentos.

Esta fragancia celestial, tan suave y delicada, movió al gran Pontífice Leon XIII á bendecir con ternura el año pasado el "Apostolado de la Cruz" y colmarlo de gracias y privilegios; movió á su digno representante entre nosotros el Ilmo. y Rmo. Sr. Visitador Apostólico á ensalzarlo y recomendarlo vivamente; movió al episcopado mexicano á aprobarlo con entusiasmo y á abrirle las puertas de sus respectivas Diócesis. Y aprovechándose de todas estas gracias, que cual precioso rocío han favorecido admirablemente su crecimiento y desarrollo, se ha abierto paso en el corazón de la sociedad y ha comenzado á desplegar con extraordinaria energía, las fuerzas incalculables que se esconden en el árbol santo de la Cruz.

Una manifestación espléndida de esa pujanza sobrenatural, pasando en silencio todo lo que hasta aquí ha hecho, es la preciosa iniciativa que ha tomado á su cargo, de promover una peregrinación á la Ciudad Eterna para el próximo mes de Abril.

Palabras nos faltan, VV. HH. é hijos muy amados en Jesucristo, para presentar á vuestros ojos con su verdadero colorido, toda la importancia, grandeza y fecundidad que encierra este pensamiento. En breves palabras podrémos deciros, que por medio de esta peregrinación á Roma, el "Apostolado de la Cruz" se propone que los católicos de México cumplamos, de la manera más perfecta y provechosa, los sagrados deberes que nos imponen el amor y veneración al Sumo Pontífice. Como este punto es de la mayor importancia, hemos creído conveniente dirigiros la presente Carta Pastoral, para haceros algunas breves reflexiones sobre esos deberes,

que brotan de la naturaleza misma del Pontificado.

Si hay en el mundo, alguna cosa que de preferencia deba todo católico venerar y amar entrañablemente, es la augusta persona del Vicario de Jesucristo. En vano la impiedad se esfuerza por obscurecer á nuestros ojos la aureola hermosísima de majestad y grandeza, que lo circunda y de neutralizar la influencia divina con que atrae dulcemente ante su trono el corazón de todos los fieles.

La sublimidad y belleza del Pontificado brilla con tal magnificencia, que es imposible considerarlo atentamente sin sentirse penetrado de grande veneración y amor hacia El. Para convencernos de esta verdad, recorramos aunque sea á grandes rasgos esta maravillosa institución. Comenzaba Nuestro Divino Salvador á formar su apostolado, cuando se le presentó San Pedro conducido por su hermano San Andrés para ser admitido entre sus discípulos. Acogióle Jesucristo benignamente, y dirigiéndole una de aquellas penetrantes miradas que son leon el porvenir le dijo: "Tú eres Simon hijo de Jonás. Tú te llamarás Cefas que se interpreta Pedro." Estas palabras misteriosas fueron como la aurora feliz del Pontificado. A la manera que un Artífice, dice Mons. Bougand, al través del mármol que tiene ante sus ojos contempla la estatua que se propone sacar su genio, del mismo modo Jesucristo en Simon veía á Pedro; en el pescador de Galilea, al Papa. Aun más, veía al Papado, veía á toda la serie de los sucesores de Pedro y á cada uno de ellos lo elegía como base de su Iglesia. Por esto es, que á semejanza de Simon, debían dejar el nombre del siglo y tomar el de la eternidad: "Pedro," es decir, lo inquebrantable, lo inmutable, lo que no pasa con el hombre, lo que subsiste como Dios. Estos primeros albores del Pontificado, fue-

ron creciendo en claridad y dos años más tarde, se nos presentó esta hermosa institución en toda su grandeza y plenitud.

La nueva Doctrina que predicaba Jesucristo y los estupendos milagros con que la confirmaba, habían conmovido fuertemente á la Judea; pues en vez de reconocerlo como el Mesías prometido, se habían formado varias opiniones erróneas sobre su sagrada Persona.

En estas circunstancias, llegó Jesucristo con sus discípulos á Cesarea de Felipo, y les dirigió, según nos refiere San Mateo, la siguiente pregunta: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos le contestaron: Unos dicen que es Juan el Bautista, otros Elías, Jeremías, ó uno de los Profetas. Y vosotros, les replicó ¿quién creéis que sea yo? San Pedro anticipándose á todos, le contestó: "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo." Complacido sobremanera Jesucristo con esta respuesta le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jonás, porque la carne y la sangre no te han revelado lo que has dicho, sino mi Padre que está en los cielos. Y Yo te digo, que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y Yo te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares en la tierra, será ligado en el cielo. En estas palabras, VV. HH., aclara Jesucristo, lo que apenas ha dejado entrever al cambiar al pescador de Galilea su nombre de Simon por el de Pedro. ¡Oh qué dignidad tan excelsa nos descubre! ¡Qué relaciones tan íntimas y fecundas tiene con la Iglesia!

El que ántes se nos representaba bajo la simple metáfora de piedra, ahora nos lo muestra Jesucristo como fundamento moral de su Iglesia. Pero ¿qué fundamento! Estará dotado en primer lugar de una solidez y fir-

meza tan grandes, que resistirá sin quebrautarse toda la pujanza del infierno: será depositario de las llaves del reino de los cielos, esto es, dispensador soberano de todos sus tesoros; y por último, será investido de la plenitud de la autoridad, con tal eficacia é independencia, que todos sus actos, sin sujetarse en lo más mínimo á ninguna autoridad terrena, serán ratificados inmediatamente en el cielo. ¡Cuán grande y majestuoso se nos presenta ya el Papado! En virtud de la institución de Jesucristo, es el fundamento de su Iglesia, pero no separable sino incorporado, encarnado de tal manera en Ella, que según la bella expresión de San Francisco de Sales, "el Papado y la Iglesia son una cosa y en donde está Pedro allí está la Iglesia." UBI PETRUS IBI ECCLESIA. Es un fundamento no estéril, sino eminentemente fecundo, de cuyas entrañas debe la Iglesia sacar su unidad, su vida, y toda la hermosura con que la quiere ataviada su celestial Esposo. Y, ¿cuál es esta unidad, vida y hermosura? Un escritor moderno las ha sintetizado en estas palabras: "En la Iglesia, dice, hay el reinado de la luz, el reinado de la gracia y el reinado de la autoridad; pero estos tres reinados, brotan de la Catedral de Pedro y de allí toman su vida, su vigor y su hermosa florecencia. Y en efecto; en la Iglesia hay el reinado de la luz. El Apóstol San Pablo, nos dice, que Ella es columna y firmamento de la verdad. La sabiduría increada, ha colocado en Ella su trono; la ha constituido depositaria de su palabra para que, bajo la asistencia especial del Espíritu Santo, amaestre en los caminos del cielo á los monarcas, pueblos y naciones y sirva también á la razón natural de guía segura y firme apoyo en toda la esfera de su actividad. Pero, ¿quién ejerce este ministerio sublime? El Papa. El es quien recoge la inmensa

luz difundida en las Santas Escrituras y en la tradicion y la derrama sobre el mundo, brillante, sin nubes, dulce al oído, caliente al corazon, fecunda para la vida. El la dirige al trono de los monarcas, á las entrañas de la sociedad y al acazar de las ciencias. Y para que no quede un punto del mundo que no sea iluminado por Ella, bajo su dependencia y direccion, la esparcen los Obispos en sus Diócesis, los Párrocos en sus Parroquias, los Misioneros en las selvas y los Ministros del santuario en los diversos actos de su ministerio. En virtud de esta enseñanza del Romano Pontífice, vigorosa é inmaculada, en toda la grande órbita de su extension, se conserva pura la unidad de la fé; firmes é inquebrantables los dogmas, y el reinado de luz de la Iglesia, se extiende hermoso y floreciente, fecundando con sus rayos cuanto ilumina.

En la Iglesia hay el reinado de la gracia. El Apóstol San Pablo nos dice, que Jesucristo se entregó á Ella, para santificarla y hacerla gloriosa, sin mancha ni arruga, sino toda santa é inmaculada. Plantó en su seno el árbol del amor divino; de donde brotan las flores de las virtudes, los frutos de la santidad y los aromas del paraíso; y este árbol precioso, que encierra los tesoros de la gracia, quiere Jesucristo que crezca, se desarrolle y se dilate por toda la tierra.

Ahora bien; ¿quién es el que cultiva este árbol prodigioso? ¿quién promueve su crecimiento y desarrollo? El romano Pontífice. Depositario de las llaves del reino de los cielos, derrama sobre este árbol las aguas cristalinas de los collados eternos que brotan de los Sacramentos, de los cuales es el supremo dispensador; y bajo su dependencia y direccion, con la potestad que les comunica, lo riegan tambien del mismo modo en todos los ámbitos del mundo los Obispos, y los

demás miembros de la Jerarquía eclesiástica. Contad los millares de absoluciones, que cual precioso rocío caen diariamente sobre este árbol, secado ya algunas veces, marchitado ó desflorado por los virus de las pasiones. ¡Cuán hermoso lo transforma la confesion sacramental! Contad los millares de comuniones, que le dan nueva savia, una eflorescencia encantadora, una delicadeza de frutos, una abundancia de ramas y de sombras admirables. Contad las gracias que diariamente derraman sobre él las innumerables misas que se celebran en nuestros altares, la frecuente predicacion de la palabra de Dios y tantos otros actos del culto católico. Todas estas lluvias copiosísimas, descienden de la mano del romano Pontífice y dan vida, vigor y florescencia al reinado de la gracia que hay en la Iglesia. Por último, hay en ella el reinado de la autoridad. Jesucristo nos presenta á su Iglesia como una ciudad puesta sobre la cima de una montaña, como un reino que dilata sus dominios del uno al otro confín del mundo. Pero; ¿de dónde nace esta autoridad? ¿con qué se constituye esa ciudad santa, con qué se gobierna ese reino? ¿quién le dá crecimiento y desarrollo? El romano Pontífice. En virtud del poder amplísimo de atar y desatar que ha recibido de Jesucristo, crea en todo el mundo los Obispos; reglamenta y limita sus poderes y por medio de los Obispos, crea á los sacerdotes y extiende por todas partes, el vigoroso tejido de autoridad y jurisdiccion, que se asemeja al hermoso tejido de nervios que envuelven el cuerpo humano. Por lo mismo, no hay en la Iglesia, dice Mr. Bougaud, un rayo de luz, una gota de vida, un átomo de autoridad, que á cada instante no descienda sobre Ella por el ministerio del Papa.

Con razon, todos los pueblos lo reconocen y proclaman como Padre, aún

más, como Padre de los Padres, porque la vida sobrenatural que tienen los fieles en su inteligencia por medio de la verdad, en el corazon, por medio de la gracia y en el régimen externo por medio de la autoridad; nace como de un principio universal del romano Pontífice y de El se deriva en los Obispos y demás ministros inferiores, por medio de la admirable fecundidad de la potestad de orden y jurisdiccion de que ha sido investido por Jesucristo. Esto solo sería bastante, VV. HH. é hijos muy amados en el Señor, para sentir la veneracion más profunda hácia el romano Pontífice. No hay en la tierra dignidad alguna, que pueda compararse con El. A todas las vence por la excelencia y riqueza de sus poderes, por la extension de su territorio y por la cualidad de sus súbditos. El solo tiene un cetro, que extiende á las regiones de la eternidad; porque á El solo se han confiado las llaves del reino de los cielos; lo extiende de uno á otro confín del mundo; porque á El solo se le ha dado por territorio toda la tierra; y lo extiende finalmente, sobre las cabezas de los Monarcas, porque todas las ovejas de Jesucristo han sido puestas bajo su cuidado, sin excepcion alguna.

Pero no solamente debe inspirarnos veneracion profunda la augusta dignidad del Romano Pontífice, sino tambien debe despertar en nuestro corazon un amor entrañable y la adhesion más piadosa hácia su Sagrada Persona. Al lado de los esplendentes rayos, del más encumbrado poder que envuelven su trono, Jesucristo ha querido que los sucesores de Pedro, lo representasen tambien como Vicarios suyos en el dolor y en el amor que hicieron tan amable su preciosa existencia. Por esto es, que Nuestro Divino Salvador, momentos ántes de comenzar su pasion dolorosísima, lleno de emocion y ternura, dijo á San

Pedro: "Simon, Simon, hé aquí, que Satanás ha pedido acribillaros á todos como al trigo. Mas, yo he rogado por tí, para que tu fé no falte, y tú, convertido, confirma á tus hermanos." ¡Qué nuevo aspecto tan tierno y conmovedor se nos descubre aquí en el Papado! Los Romanos Pontífices, revestidos de tanta autoridad, no han de llevar sobre la tierra una vida dulce y apacible, sino una vida de cruz como su Divino Maestro. Es Satanás, quien ha pedido ser el cruel é implacable verdugo de todos, y Dios se lo ha permitido. Unicamente, Jesucristo se ha interpuesto, rogando para que en medio de esos terribles tormentos que envolverán la barquilla de Pedro, su fé no falte y tenga el valor necesario para consolar á la Iglesia y fortalecerla en las tribulaciones. Este doloroso anuncio de Jesucristo, se ha cumplido perfectamente en todas sus partes en la persona de los Romanos Pontífices, desde San Pedro hasta nuestros días. ¿Quién de los 273 Papas que han gobernado hasta ahora la Iglesia, no ha sido víctima del furor del infierno? ¿quién de ellos no ha levantado su voz desde el trono de la Cruz, en que sufre, para derramar el bálsamo del consuelo en los afligidos, fortalecer á los débiles, coronar á las víctimas y pulverizar todas las maquinaciones del error y de los vicios?

Mientras la Iglesia tuvo su morada en las catacumbas, hasta San Melquides, contemporáneo de Constantino, 30 Pontífices sufrieron el martirio y dos fueron desterrados. Desde esa época en que pudo respirar el aire libre hasta Carlomagno, no podemos leer sin conmovernos la série de ultrajes y vejaciones de que fueron víctimas los Romanos Pontífices. Ved al Papa Liberio, condenado al destierro; á Inocencio I y Leon el Grande, expuestos al furor de Alarico y Genserico; á San Símaco, atacado á mano

armada en las calles de Roma y á sus Sacerdotes degollados en torno suyo; ved á Juan I arrojado en una prision, y sucumbiendo á consecuencia de los malos tratamientos; á Silverio, aprehendido por los emisarios de los Emperadores que favorecieron la heregia, y despojado de sus hábitos pontificales, deportado á una isla donde muere de hambre; á Vigilio arrancado por los cabellos y por la barba del altar á donde se había refugiado y condenado al destierro, y á iguales sufrimientos y vejaciones; ved sufrir á San Martin I, Sergio I, Juan VI, Gregorio II, Gregorio III y Estéban III. En el 3er. período de Carlomagno, San Luis continúa en el trono de San Pedro, la escena dolorosa del Calvario. San Leon III, viviendo aún Carlomagno, es aprehendido por sedicioso y arrojado medio muerto en la prision. San Pascual I, ve á sus Sacerdotes degollados en torno suyo y escapa milagrosamente de la muerte. Gregorio IV, ve su palacio invadido por los sarracenos que roban y profanan la Iglesia de San Pedro. Leon IV, muere de privaciones en el fondo de un castillo en donde lo ha arrojado el Antipapa Cristóbal; y sufrimientos terribles padecen también entre otros, Juan X, Juan XI, Benedicto V y Gregorio VI, el cual en medio de su destierro exclama: "He amado la justicia y odiado la iniquidad; por esto, muero en el destierro." Un cuadro semejante de sufrimientos y dolores, sigue presentando la Cátedra de Pedro. En los períodos subsiguientes, hasta el reinado de Luis IV, en que el demonio cambia de táctica, no es ya más la espada y el veneno con que atormenta á los Romanos Pontífices, son principalmente los sufrimientos morales, el abatimiento y la humillacion. Clemente XI y Clemente XII, ven comenzar una especie de insurreccion general contra Dios y contra la Iglesia, se suprimen

sus Bulas, y en Paris, Madrid, Nápoles y Viena, no se permite más la entrada libre á la palabra del Papa. Clemente XIII y Clemente XIV sufren con la triste condicion de los Jesuitas. Pío VI es arrancado de Roma y muere cautivo en Valencia. Pío VII llora en Fontainebleau. Pío IX muere en Roma despues de haber pasado por Gaeta y despojado del poder temporal, y Leon XIII, heredero de los sufrimientos de Pío IX, vive aún prisionero en el Vaticano, apurando hasta las heces el cáliz de amargura que diariamente le preparan las humillaciones y vejaciones que sufre la Iglesia. ¿Qué corazon no se enternecerá al contemplar los sufrimientos de los Pontífices? quién no se sentirá movido á amarlos entrañablemente al considerar que por el bien de la Iglesia y cada uno de los fieles, sufren esa vida de cruz tan dolorosa y tan amarga?

Pero este amor, VV. HH., que debe inspirarnos los sufrimientos del Papa soportados por nuestro bien con tanta abnegacion y firmeza, se acrecienta admirablemente, si consideramos que en medio del dolor, sus corazones se consumen con el fuego de un celo ardiente, universal y constante, que los impulsa á extender por todo el mundo, á pesar de las tribulaciones, el reinado de Jesucristo y las riquezas inestimables de la civilizacion cristiana. Nuestro divino Salvador ha querido al instituir el Papado, que los Romanos Pontífices, así como representan su sagrada persona en el poder y en el dolor, la representen también en el amor por sus ovejas, para que puedan llamarse en toda la extension y propiedad de la palabra, Vicarios suyos en la tierra. Por esto, en los momentos solemnes de conferir á San Pedro el pontificado, despues de su gloriosa resurreccion, le preguntó por tres veces: "Simon, hijo de Juan, ¿me amas más que á los de-

más?" y habiéndole contestado: "Señor, tú sabes que te amo," le dijo, "apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas." En estas palabras descubre Jesucristo en el Pontificado, un nuevo aspecto: el reinado del amor, ¡pero qué amor! tan grande, universal y perpetuo, como lo es la autoridad que vivifica.

Quisiéramos, VV. HH., presentar á vuestros ojos cuanto ha hecho en el mundo el amor de los Romanos Pontífices y cómo cada uno de ellos, mostrando las obras de celo que ha producido en beneficio de la Iglesia y de la sociedad, bien pudiera contestar como el Apóstol San Pedro: "Señor, tú sabes que te amo" Este amor de los Vicarios de Jesucristo aparece de una manera admirable en el empeño que han tomado en todos tiempos por la propagacion del Evangelio entre los infieles, en la solicitud que han desplegado por dar al culto católico la grandiosidad y belleza que reclaman los misterios de Dios. En los desvelos con que han procurado fomentar todas las ciencias y las artes, y en la grande prodigalidad que han desplegado por remediar todas las necesidades de la humanidad. Estos beneficios que encienden á los pueblos en el amor al Vicario de Jesucristo, han llegado hasta nosotros. Al descubrirse el nuevo mundo, los Pontífices se preocuparon con un pensamiento más alto, más grande y elevado que el que preocuparon á los conquistadores. Ellos dirigían sus miradas á las almas y no tenían otra ambicion que ganarlas para Jesucristo. Por esto, á su voz marcha una multitud de Misioneros que siguen las huellas de Cristóbal Colon y de sus compañeros y en medio de los trabajos y sacrificios más heróicos, establecen en estas vírgenes regiones el reinado de la Cruz, y bajo su sombra, el reinado de la civilizacion. Pero no se ha limitado á esto su celo. Los Pontifi-

ces han sido padres tiernos y amorosos de la raza indígena. Han enjugado sus lágrimas dulcificando su triste condicion contra el rigor de sus opresores. Han vindicado con toda la energia de su autoridad, su dignidad natural, declarándolos seres racionales y capaces de ser admitidos en el banquete de Jesucristo. Han favorecido con grande munificencia sus necesidades espirituales, colmándoles de gracias y privilegios extraordinarios. Y como si esto aun no bastase, para probarnos toda la intensidad de su amor, han querido abrasar con su celo la augusta montaña del Tepeyac.

El corazon de los mexicanos tiene allí el objeto más grande de su cariño. La Santísima Virgen de Guadalupe forma nuestro encanto y la gloria más noble de nuestra patria. Por esto los Romanos Pontífices han cubierto con la sombra de su autoridad este precioso tesoro, han fomentado su veneracion y amor aprobando el patronato, el oficio y Misa propios de la Santísima Virgen. Y han querido dar á este culto el más alto grado de brillo y esplendor, colocando sobre las sienes virginales de nuestra dulce Madre, una corona de oro y celebrando sus glorias al impulso de la inspiracion poética.

En vista de todo esto, ¿será posible que los mexicanos no nos distingamos en el amor al sumo Pontífice? ¡Ah! no; cada uno de nosotros en vista de las grandezas que encierra la Iglesia romana y de los títulos poderosos que tiene para exigir nuestro amor, debemos exclamar con Bossuet; ¡Oh santa Iglesia romana, madre de todas las Iglesias y madre de todos los fieles! Si yo te olvido, pueda olvidarme de mí mismo; que se seque mi lengua y quede inmóvil mi boca si tú no eres siempre la primera en mi memoria y si no te pongo al principio de todos mis cánticos de alegría. Pero el amor, como enseña San Ignacio

de Loyola, consiste más en las obras que en las palabras y en que el amante comunique al amado lo que tiene, de lo que tiene ó puede hacer en su obsequio. Por lo mismo, conforme á este principio, debemos manifestar con los hechos que nuestro pensamiento está en el Papa, todo nuestro corazón en él y que despues de Dios, no hay en la tierra cosa más amable para nosotros que su sagrada persona.

Ahora bien; el Apostolado de la Cruz ofrece á todos los mexicanos una ocasion oportuna para darle al Vicario de Jesucristo estas pruebas de nuestro amor. Ha promovido como bien lo sabéis, una peregrinacion á la Ciudad Eterna para el próximo mes de Abril, bajo las condiciones que aparecen en el programa que adjuntamos á esta carta pastoral. A esta invitacion que han hecho suya los señores Obispos, deben contestar todos los católicos que tengan posibilidad para ello y quieran distinguirse en el amor al romano Pontífice, inscribiéndose desde luego en el número de esos venturosos peregrinos.

Sí, VV. HH. é hijos muy amados en el Señor: no vacileis un momento en formar parte de esta romería. Os espera en esa Ciudad Eterna nuestro amoroso Padre, el Vicario de Jesucristo. Quiere que lo consolemos con nuestra presencia, que enjugemos el llanto que le hacen derramar tantas penas que sufre por nuestro amor. Las lágrimas del Papa son sagradas y dichosos los hijos que las enjugan. No temáis las dificultades ó peligros del camino. El Espíritu Santo ha ofrecido proteger con su sombra amorosa y colmar de bendiciones á los hijos que honren y consuelen á sus padres terrenos; ¿con cuánta mayor razon derramará estas gracias en los que se esfuerce por honrar y consolar al Padre comun de los fieles?

Por otra parte, esa ciudad santa

preparada por la Providencia Divina, para ser morada del Vicario de Jesucristo, ofrece al corazón de un cristiano un conjunto de atractivos y bellezas que en vano se buscan en otra parte del mundo. Además de los innumerables Mártires que la custodian, descansan bajo su sombra, formando una corona á la Cátedra de San Pedro, casi todo el Colegio Apostólico. A su lado reposan en sus tumbas ilustres Doctores, esclarecidas Vírgenes, Santas Mujeres, ínclitos fundadores de órdenes religiosas, y otra multitud de Santos que sería largo enumerar. Y no sólo se conservan sus cuerpos como venerandas reliquias, sino tambien se admiran las casas que habitaron, los lugares en donde oraron, las prisiones que sufrieron, las cadenas con que los ataron y otros muchos monumentos de este género que respiran santidad.

Por lo mismo, os exhortamos vivamente en el Señor, á que no perdais esta ocasion tan oportuna y para que cumplamos con el sagrado deber que tenemos de atender á las necesidades de la Santa Sede, mandamos que, en todas las Parroquias de nuestra Diócesis, se haga una colecta extraordinaria para el Obolo del Sumo Pontífice, remitiendo los Sres. Párrocos á Nuestra Secretaría Episcopal, las cantidades colectadas, en los primeros días del mes de Abril. Esta limosna será presentada al Vicario de Jesucristo por la Peregrinacion, y se suplicará á Su Santidad que el día que designe, aplique una Misa por todo México, para atraer del cielo bendiciones sobre los Concilios que se acaban de celebrar y se están celebrando en nuestra Patria, y sobre toda la Nacion, para que entre en las sendas hermosas y florecientes de la verdadera paz y bienestar social. El día que el Sumo Pontífice celebre esa Misa, lo cual se hará saber oportunamente, mandamos que todos los Sacerdotes

de nuestra Diócesis, ofrezcan tambien el Sacrificio del Altar uniéndose á las intenciones del Vicario de Jesucristo. Estos son, venerables hermanos éhi-

jos muy amados en el Señor los deseos de vuestro amante Prelado que de lo íntimo de su corazón os envía la bendicion Pastoral.

Dada en nuestra Casa Episcopal de Chilapa el 9 de Febrero de 1897.

† *Ramon, Obispo de Chilapa.*

POR MANDATO DE S. S. I.

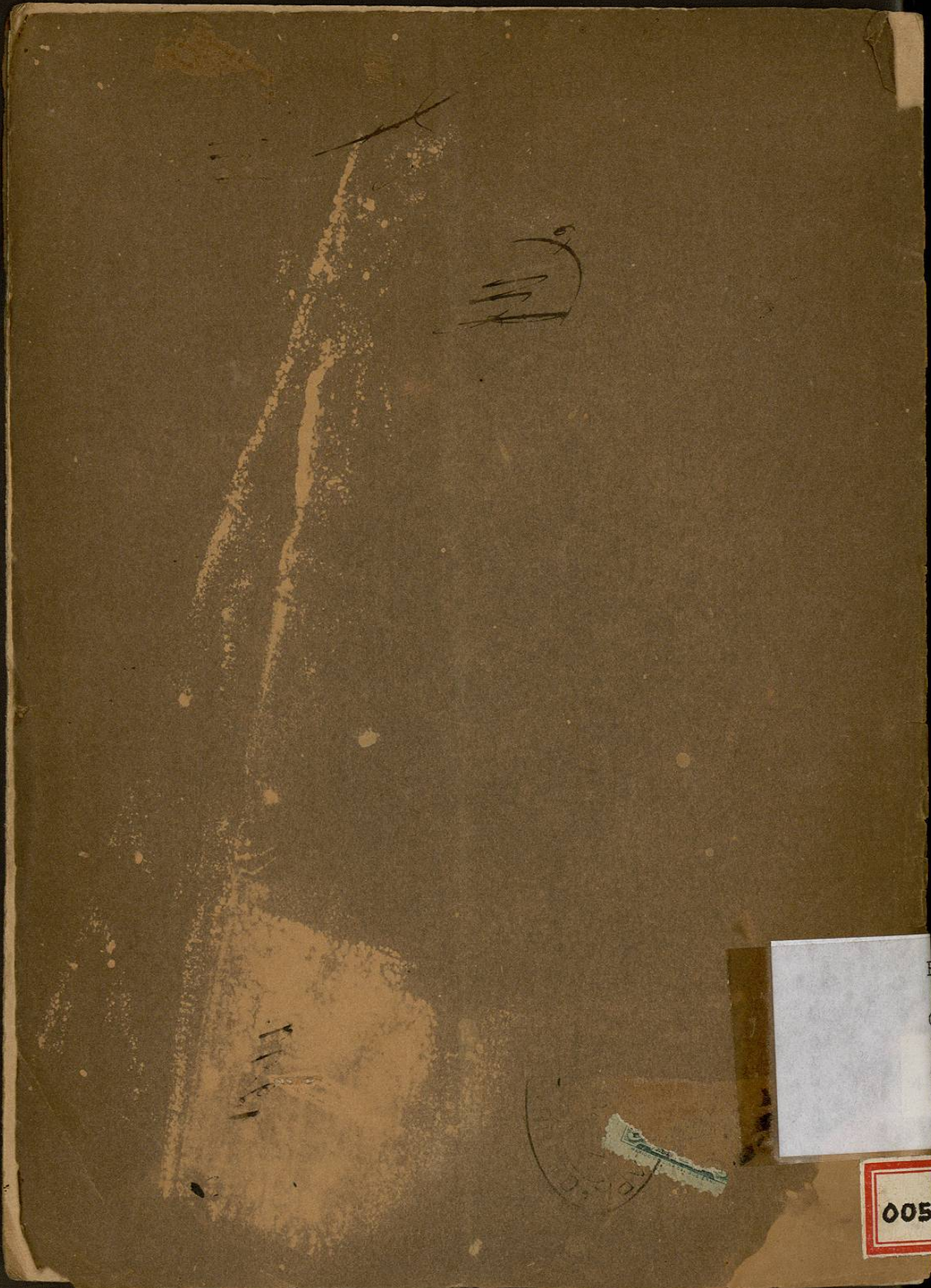
Pbro. Pedro M. Mactezuma.
Secretario.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tollez

005093

Esta Carta Pastoral con el adjunto Programa se leerá INTER MISSARUM SOLEMNIA en nuestra Santa Iglesia Catedral y en todas las Parroquias y Templos de Nuestra Diócesis, el primer día festivo despues de recibirla.



[Illegible white label]

005